

# LA TRIBUNA

Periódico liberal monárquico de avisos y noticias

Defensor de los intereses provinciales

La correspondencia al Administrador: ANCHA, 26, 2.º

No se devuelven los originales

Precios de suscripción: 0'75 pesetas trimestre

## Las dietas a los Diputados

Parece que habrá sido flor de un día la proposición del *nostre Salvatella* para que se concediera el sueldo de seis mil pesetas anuales a los Diputados; muerta apenas nacida la luminosa idea del *nostre Salvatella*, yace en el panteón del olvido, definitivamente enterrada por las rechiflas y las ironías de la opinión, que no ha podido digerir como ha habido quien se haya atrevido a proponer semejante dislate; en un país como el nuestro, falto de todo, donde los maestros cobran tarde y mal, cuando no viven con vilipendio, donde recientemente se ha dado el caso de no poder cobrar su mísera mensualidad los peones camineros, resulta más que una ironía, un sarcasmo cruel, quererle hacer una sangría de dos millones y medio de pesetas a nuestro esquilmado Tesoro.

Y pretendía más el *nostre Salvatella*; quería que la congrua fuera irrenunciable, lo cual es como si dijéramos, que curándose en salud, presentaba la cosa de manera que el pabellón cubriera la mercancía.

Inútil maquiavelismo; porque dicho se está, que aún aprobándose la *desinteresada* proposición, es de suponer que la gran mayoría de los Diputados hubieran renunciado al momio, ya que no hay ley humana ni divina que pueda obligar a nadie a tomar propinas que no quiera.

Pero es lo que se diría el *nostre Salvatella*: si en el percibo de los haberes que por clasificación me corresponden, consigo por medio de su irrenunciabilidad, aún cuando ella sea pura ficción, dar un barniz de obligatorio, algo así como un sacrificio, vamos al decir, al percibo de los emolumentos de marras, miel sobre hojuelas.

Pero afortunadamente no se ha *badado* y han sido legión, dicho sea en su honor, los Diputados de todos los partidos que han negado su apoyo a la luminosa idea del *nostre Salvatella*; es lo que decían muchos: aún aceptando el precedente de otros países en los cuales los Diputados cobran dietas por las sesiones a que asisten, no puede hacerse en España aplicación de tales precedentes, entre otras razones, porque nuestro presupuesto no permite tales dispendios, ni puede atender siquiera a las más

perentorias y apremiantes necesidades, dándose el caso verdaderamente triste, de que ni aún dispone del dinero necesario para atender a las calamidades públicas.

Realmente resultaría edificante que mientras los Diputados, que lo son por su libre y espontánea voluntad, que bregan y luchan para serlo, consumían dos millones y medio de pesetas, no se dispusiera de un céntimo para acallar el hambre de tantos desdichados como ven perdidos sus hogares y sus cosechas por las inundaciones, calamidades que se repiten todos los años, sin que el Gobierno por falta de medios, o de lo que en la jerga burocrática se llama consignación para tales atenciones, acuda al socorro de tantos desdichados, sin otro horizonte que la emigración o la miseria.

En un país como el nuestro, sin vías de comunicación, donde el agua de los ríos que debería ser fertilizante arrasa campos y cosechas y por irónico contraste la sequía echa también por puertas casi siempre el pan de los labradores, no es posible, ni humano siquiera, que se distraigan dos millones y medio de pesetas para darlas a quienes en definitiva nadie obliga a que sean Diputados; que si no les agrada o no les conviene serlo, con renunciar el cargo basta.

## AMPURDANESA

Quien sienta hervir en el corazón un solo átomo de sangre ampurdanesa, insiguiendo el dogma de la purificación musulímica que previene y aconseja visitar en vida la tumba del profeta en La Meca, debería, por patriótica devoción y propio conocimiento, hacer lo mismo con las sudáricas y areniscas ruínas de la clueca Empórium, adosadas al alegre pueblo de La Escala que lame nuestra costa brava, por lo que simbolizan Cuna de su raza, Frágua de su lengua, Motor de su actividad e incorrupta Célula de su genealógico entroncamiento civilizador.

Desde que la red de carreteras provinciales extiende su radio de acción a casi todos los pueblos del alto y bajo Ampurdán, la facilidad de tal edificante y poético visiteo haríase mucho más considerable y halagüeño si pudiera salvarse, sin probables y sensibles mojaduras, el vado forzoso del río Fluviá, y contara además el marino pueblo, (dó habita eventualmente la genial e inspirada escritora señorita Catalina Albert), con algún hotel montado a la altura del exigente turismo; pero

apesar de estas subsanables deficiencias, la comodidad y el confort apenas sufren quebranto, gracias a la buena y rápida locomoción que hoy priva, y al amable trato que gasta el escalense hospedage.

La época más propicia para tomar este baño de selectivo civismo, si nos atenemos a la movida meteorología ampurdanesa, se adivina que empieza en Mayo, cuando la tierra, sacudidas las invernales modorras, despereza agujoneada en tejer guirnaldas, escanciar perfumes y vestir las mejores ropas y adornos de la virginal nupcialidad; ello a título aperitivo del catador turista, bonachon copartícipe de la Primavera fiesta. También incita con idéntica finalidad, el paréntesis caniculario, a cuantos aman las delicias que a granel brindan las brisas marinas en aquella accidentada playa mediterránea, tan plétórica de bellísimas calas y esquisita pesca; y con ella, el bucólico Otoño, siempre pródigo en armónica apacibilidad y correcto portamento. De Diciembre a Abril resultaría aventurada y poco alegre la citada excursión.

Así como la ardiente lava que a millones de toneladas vomitó el Vesubio fué lo que sepultó y borró del mapa la ciudad de Pompeya, cuya reciente reapertura arqueológica ha costado a Italia hercúleos y tenaces esfuerzos materiales y económicos, la desaparición completa de la Empórium griega, íbera y romana, estimamos que tal vez tuvo por causa productora inicial, la envidia y el pillaje; por providencial y blando sudario, la movidiza arena; y por todo esfuerzo reconstructivo, la piedad a dosis puritanas y a ratos interesada de unos pocos, que, con miras que más arguyen mezquindad que apego a la noble tierra ampurdanesa, limitáronse en sus comienzos a huronear lo transportable de las enterradas riquezas con fines de desaprensiva especulación, cegando a raíz del extractor hallazgo el sitio inmobiliario una vez satisfecha la *razzia*.

Semejante presentimiento brota espontáneo y bien lógico en presencia y contacto de aquel pétreo *spoliarium* emporitano. Tratado en sus albores a título de yacente e inexplorada mina de oro, poco respeto debió infundir la intacta conservación y legendaria apostura arquitectónica del núcleo urbano, alicaído, agónico por el peso de los años y la mordiente y aleve gravitación de los escombros, tierras y arenas que le aprisionaban las entrañas, minando y carcomiendo, a favor de la humedad y de los roedores microbios, toda huella del arte constructivo y de ornato que embellecía en grado superlativo la morada pública y privada de los fundadores del Partenón y de la Trácia.

Y por si esto fuera poco para dejar al descubierto la fazaña, preguntémoslo a

los rotos y descosidos cacharros de la alfarera cerámica, esparcidos por el sacrosanto recinto de aquellas tristonas ruínas, víctimas propiciatorias de la tosca dinámica ejercida a la tun-tun por inhábiles picos, azadas y azadones. Hasta los removidos pedruscos y otros chirimbolos que alfombran el superficial sedimento de aquellas muertas grandezas, hablan con ayes y lamentos de personalísima y agravatoria descortesía para quienes cegados y obcecados por el afán de lucro, permitieron los tajos y mandobles de tales profanaciones.

La trilogía urbana de Empórium, ofrece a nuestros ojos simbólicas hechuras de clínica experimental de obstetricia arqueológica en estado de canuto, dado que las tierras de labor y dunas latentes en su mayor perímetro, acusan que la exhumación, además de lenta, es muy secundaria y parcial, y en consecuencia que lo inexplorado importa mucho más que lo exhibido. Así y todo, lo que a la vista está, inspira respeto, veneración y culto idolátrico, rayano en coacción letárgica que mueve el alma al rezo, y a la imaginación a querer reconstituir la psicología de sus pobladores, con sus templos, divinidades, escuelas, industrias, mercados, es decir, a transportarnos en espíritu a la Grecia de Mitridates, Platón y Sófocles.

La pedagógica contemplación de las ciclópeas y matusalénicas murallas, que debieron preceder a sus similares tarraconenses y saguntinas; los portales de ingreso a la Urbe que graban fehacientes ranuras laterales de la lejanísima actuación; la augusta magestad que perfuman los Templos levantados a las paganas divinidades, en cuyas palpitantes aras celebrábase cruentos sacrificios y a su vera ardían olorosos inciensos; las mutiladas y carcomidas columnatas de su justificable Foro; las típicas cisternas adyacentes de las que salía el agua ya filtrada por medio de tuberías con el triple e increíble objetivo de la potabilidad, el baño y la calefacción central; las siluetas necropolitanas que al descubierto ostentan las cajas mortuorias de piedra, rústicamente cubiertos los restos que encierran con láminas pizarrosas que no impiden la filtración de las lluvias, el beso de los rayos solares y las roeduras y mordiscos de lagartos, ratones y otros animaluchos que allí acampan noche y día; en una palabra, no hay detalle, objeto ni motivo por nimio o trasapelado, que no levante ampolla admirativa en la conciencia del pensador y en el corazón del buen patriota.

Lástima que la casi totalidad del removido suelo no guarde armónica nivelación, y con ella, mejor viabilidad y honesto desescombro a fin de no perder, como a menudo sucede, el estable equilibrio; máxime si flojean las piernas por senectud,